

La vuelta del nacionalismo y el problema de su definición de nación

Ángel Rivero
Universidad Autónoma de Madrid (UAM)*

Recibido: 2 de noviembre de 2020 / Aceptado: 3 de diciembre de 2020

Resumen: En el presente asistimos a una vuelta del nacionalismo. A diferencia de episodios parecidos en el pasado, esta vez el nacionalismo no concita una condena unánime porque se presenta en como protector de los pueblos frente a la amenaza de su desaparición en un mundo globalizado. Sin embargo, como se mostrará, el potencial conflictivo de esta ideología sigue intacto porque su concepto de nación no encaja con la realidad del pluralismo en las sociedades modernas.

Palabras clave: nacionalismo; nación; ideología; soberanía; violencia.

The Return of Nationalism and its Problematic Understanding of Nation

Abstract: There is today a coming back of Nationalism. However, contrary to what happened in the past, Nationalism is no longer unanimously an evil. To many, Nationalism is the defender of the peoples against the threat of globalization. Nevertheless, as I will show, the conflict potential of this ideology remains the alive, given that its concept of nation does not fit with the pluralism of modern societies.

Keywords: Nationalism; nation; ideology; sovereignty; violence.

* angel.rivero@uam.es

En la vida política y en la discusión académica se ha producido una nueva vuelta del nacionalismo. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió a finales del siglo XX, este regreso del nacionalismo no viene caracterizada por una connotación únicamente negativa, como ocurrió entonces unánimemente, sino muchas veces positiva. En el tramo final del siglo XX, la memoria aún fresca de los conflictos europeos, las guerras de Yugoslavia y la implosión de la URSS generaron una gran literatura crítica con el nacionalismo y esta ideología suscitaba una desaprobación general. Hoy, sin embargo, el nacionalismo goza de respetabilidad política en muchas sociedades europeas y viene amparado intelectualmente por los defensores de las políticas de la identidad. En esta nueva percepción, el nacionalismo sería la respuesta adecuada frente al globalismo capitalista del neoliberalismo y su fundamento normativo radicaría en la defensa de las identidades colectivas frente a una ideología que quiere abolirlas en nombre del mercado mundial.

Así, si en el pasado inmediato el nacionalismo era visto como la ideología que animaba los conflictos territoriales, la limpieza étnica y el genocidio, hoy el nacionalismo se envuelve en la defensa del particularismo frente a la homogeneización impuesta por los poderes transnacionales. Es decir, el nacionalismo ha pasado de ser la causa motivadora de los peores males europeos a defenderse como el socorro de pueblos y culturas que se presentan como víctimas de la ideología “inhumana” del neoliberalismo. Así, por ejemplo, Viktor Orbán defiende para Hungría una “democracia iliberal” que combata al capitalismo que busca borrar del mapa del mundo al pueblo magiar, y cuyo enemigo personifica en George Soros, el judío cosmopolita que mueve por codicia los hilos de las finanzas globales. Sin salir de la Unión Europea, también en Francia vemos cómo Marine Le Pen da voz al nacionalismo francés frente a los enemigos exteriores e interiores que buscarían debilitar a Francia. La preferencia nacional se ha convertido para Le Pen en la guía de las políticas que habrán de salvar a Francia de la “casta cosmopolita” que la desangra. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta encontrar casos similares en todos y cada uno de los países que componen la Unión Europea. El nacionalismo ya no es para muchos la causa de los males endémicos de Europa, sino que se presenta como el remedio contra una Europa enemiga de los pueblos y servil ante los poderes anti-nacionales.

Ciertamente, se ha calificado a estos políticos y a sus partidos de populistas porque han estructurado el debate político en una confrontación maniquea, antagónica, entre el pueblo, en cuyo nombre hablan, presentándose como sus portavoces; y los enemigos del pueblo, internos y externos, que ellos mismos se encargan de señalar; y porque han dado un barniz de democracia directa a esta política del enfrentamiento defendiendo una “democracia real”, frente a la democracia representativa o liberal que califican como falsa. Puesto que su anti-liberalismo ha sido tan acusado, la negación y rechazo del pluralismo social y político, el populismo de su discurso se ha hecho muy notorio. Sin embargo, su nacionalismo, aunque haya quedado velado por el populismo, pero está sin duda ahí. El pueblo del que hablan viene siempre unido al atributo de la soberanía, esto es, se trata de un pueblo convertido en sujeto político, una nación. Ahora bien, el problema del nacionalismo como concepto de análisis es el mismo que el del populismo: hay una inflación tan grande en su uso y se aplica a una variedad tan extensa de fenómenos que sirve fácilmente como insulto político, pero resulta más problemático cuando se utiliza para describir y analizar la realidad.

Por tanto, para que estos conceptos resulten útiles como herramientas de clarificación de la realidad política necesitan ser definidos y acotados, de manera que se provea de un criterio de demarcación que permita saber de qué se está hablando y, al

mismo tiempo, se muestre que aquello que ilumina el concepto tiene alguna relevancia social que justifique su estudio. Así, en la discusión académica sobre el nacionalismo que se produjo en las últimas décadas del siglo XX se alcanzó un cierto consenso en la idea de que el nacionalismo era una ideología que tenía la pretensión de ofrecer una respuesta a la cuestión de acerca de qué grupos humanos tenían derecho a organizarse políticamente como Estados y, esta es la promesa, si estos grupos denominados naciones llegaran a convertirse en unidades políticas independientes, entonces desaparecería el motivo último de las guerras y conflictos internacionales. Para el nacionalismo, como señaló Kedourie (Kedourie, 1993: 1), la humanidad está naturalmente dividida en naciones y si se realizara el autogobierno nacional y el principio de las nacionalidades –a cada nación un Estado y a cada Estado una nación–, entonces sobrevendría la paz en el mundo. Esta idea de que el nacionalismo es una ideología que persigue la congruencia entre lo que se presenta como un dato objetivo, la nación natural, pre-política, y un Estado que se acomode a sus límites es lo que califico en este texto de nacionalismo. Es una ideología, porque se trata de un conjunto de creencias políticas abstractas que buscan convertirse en un plan de acción política: señalada la existencia de la nación se hace perentorio dotarla de un Estado. Esta definición del nacionalismo como ideología de la congruencia nación-Estado puede encontrarse no solo en Kedourie (1993) sino también en Gellner (1983), Hobsbawm (1991), Breuilly (1998) y muchos otros.

Es decir, para el nacionalismo la nación tiene un carácter pre-político o si se prefiere no convencional, natural y, por tanto, al ser algo dado y objetivo sobre lo que ha de descansar el orden político correcto, resulta esencial para esta ideología saber cuándo un grupo humano califica como nación. En el nacionalismo existe la certidumbre sobre la existencia de la nación, que se da como un dato insoslayable, como un axioma, pero la certeza de su existencia, sobre todo de la propia, de la nación del nacionalista, se convierte en incertidumbre cuando se demandan criterios objetivos que permitan definir qué es una nación en abstracto. Esta concepción de la nación se ha calificado de primordialista, y no solo es defendida por los nacionalistas, sino también por estudiosos como Clifford Geertz, quien ha señalado que este carácter dado, “primordial, de lazos que constituyen un grupo, religión, lengua o dialecto, costumbres”, tiene una fuerza coactiva sobresaliente sobre la identidad colectiva de las personas (Geertz, 1993: 259).

Este carácter dado, esta obviedad de la nación, ha hecho que la concepción primordialista de la nación, en su falta de historicidad, al presentarse como algo permanente, que alcanza el presente desde un pasado profundo, se entendiera como un remanente de identidades periclitadas, tribales, que se activaban de forma agresiva al enfrentar la amenaza de su desaparición. Esta es la explicación que da, por ejemplo, Isaiah Berlin de la aparición y de la perseverancia del nacionalismo. Se origina en un daño a una identidad nacional, colectiva, y toma la forma de una respuesta inflamada, ideológica. Para este autor la necesidad de ese reconocimiento de la pertenencia a la identidad colectiva es un universal humano y, por tanto, siempre que haya daño, falta de reconocimiento, habrá nacionalismo (Berlin, 1972).

Por contra, muchos estudiosos del nacionalismo profetizaron que su desaparición no tardaría en producirse pues sus manifestaciones contemporáneas eran vestigios del pasado que, congelados en el tiempo, emergían brevemente ahora. Así Eric Hobsbawm señaló cómo estos rasgos de identidad del nacionalismo no eran sino “tradiciones inventadas” fruto de la necesidad del hombre moderno por dar cobertura mediante la ritualización de prácticas completamente nuevas a su atomización y a su falta de lazos comunitarios (Hobsbawm, 1983). Es más, negando toda evidencia, Hobsbawm ha

insistido en que no vivimos en un tiempo de nacionalismo y que la actualidad del nacionalismo no es sino un efecto retardado de procesos políticos que se vieron detenidos y que han llegado a su conclusión a finales del siglo XX (Hobsbawm, 1991). Pero esta negación de la actualidad del nacionalismo no es privativa de aquellos autores que confían en la teleología marxista. El mismo Ernest Gellner consideraba que el nacionalismo estaba llegando a su fin con la conclusión del segundo milenio porque la transformación del mundo pre-moderno en un mundo globalmente moderno ya estaba a punto de concluir (Gellner, 1983). En general, se ha insistido mucho, por parte de los autores recién citados, en la modernidad del nacionalismo, lo que es cierto, pero esta modernidad se ha asociado con una obsolescencia incompatible con el curso de la historia, lo que resulta paradójico.

Esto explica que otros autores como el citado Isaiah Berlin señalaran la paradoja de que a medida que el nacionalismo se extendía durante la segunda mitad del siglo XX una mayoría de estudiosos de las ciencias sociales anunciaran su próxima desaparición, lo que no se ha producido (Berlin, 1997). En suma, que si bien hay un consenso en lo que representa el nacionalismo como ideología, la doctrina de la congruencia ejemplificada en el “principio de las nacionalidades”, una nación, un Estado, hay una discrepancia sobre la modernidad del nacionalismo. Para algunos, el nacionalismo es la manifestación patológica del hecho permanente y universal de la necesidad humana de una identidad nacional reconocida (Berlin, 1997); para otros el nacionalismo es una ideología vinculada a los procesos de modernización que atiende a las necesidades de movilidad de las sociedades modernas (Gellner, 1983); unos ven en él una manifestación de la política ideológica vinculada a la violencia (Kedourie, 1993); y otros la ideología de la burguesía que ampara la construcción de Estados congruentes con el capitalismo nacional (Hobsbawm, 1991). Todos ellos, hablan de la modernidad del nacionalismo pero, en general y salvo excepciones, asocian esta modernidad con el anacronismo de su concepción de la nación y pronostican su desaparición futura o presente. Estos pronósticos, como vemos hoy día, no se han cumplido.

Creo que esto se debe a que no se ha comprendido correctamente la concepción de la nación del nacionalismo ni su modernidad. Esto es, el nacionalismo está íntimamente vinculado a las expectativas de cambio de la modernidad y su nación, contra toda apariencia, no está tan vinculada a la restauración de una identidad colectiva pretérita sino que comparte la misma ideología del progreso que anima a los modernistas. Dicho de forma muy sintética, la nación del nacionalismo se predica como un dato inexcusable de la realidad, que demanda un Estado pero, al mismo tiempo se proyecta sobre el futuro. Esto es así, porque la nación orgánica cultural no se desarrolla plenamente sino a través del atributo de la soberanía, al convertirse en Estado. El romanticismo de la nación es congruente con el iluminismo de la soberanía.

Creo que esto no se ha visto con claridad en el estudio del nacionalismo y que se ha intentado contraponer estas dos dimensiones de la nación del nacionalismo como si representaran principios antagónicos (Connor, 1994). Así se habla de una nación política formada por ciudadanos que da lugar a un nacionalismo cívico, congruente con los valores de la democracia de inclusión e igualdad política; y de una nación cultural o étnica cerrada y exclusiva, un nacionalismo étnico, que se asocia con el conflicto, la violencia y la falta de democracia y libertad. En suma, sobre esta oposición maniquea de dos tipos de nación se han construido dos modelos de nacionalismo: el nacionalismo cívico u occidental; y el nacionalismo étnico u oriental. La idea de que un mismo concepto “nacionalismo” sirva para describir principios políticos antagónicos señala de por sí lo confuso de la empresa.

Hay, sin embargo, quienes han cuestionado esta distinción, como por ejemplo Anthony W. Marx que ha recordado que todos los nacionalismos cívicos han venido precedidos por la limpieza étnica y que sin esa labor de creación de la nación la forma virtuosa del Estado moderno no habría sido posible. De hecho, el mismo Ernest Renan, que para muchos es el defensor del concepto liberal voluntarista de nación, nos lo dice sin rebozo en su famosa conferencia de 1882: la monarquía creó el molde de la nación y para que ésta afirme su voluntad soberana es preciso olvidar las matanzas y las discordias del pasado. Es decir, la limpieza étnica preparó el terreno de la afirmación de la nación cívica. En esta misma línea de levantar la alfombra del nacionalismo cívico puede leerse la novela de Victor Hugo, *1793*, donde el genocidio de La Vendée es presentado como la tragedia necesaria para la afirmación de la nación política de la revolución.

Sin embargo, sin llegar a este dramatismo, esta conexión entre la nación cultural o étnica y la política puede verse en la obra de Hroch donde el despertar nacional va precedido necesariamente de la conciencia de la identidad cultural, siendo ésta “precondición” de la afirmación de la soberanía política (Hroch, 2000). Pero sin duda, el autor que mejor ha expresado esta conexión fue un apologeta del nacionalismo, Friedrich Meinecke. Paradójicamente, quienes han enfatizado la diferencia entre dos tipos de nación y dos tipos de nacionalismo, como Hans Kohn, en 1944, han derivado sus conceptos de la obra de Meinecke y, al hacerlo, me parece, han oscurecido hasta hacer incomprensible su argumento. Meinecke es también importante porque a través de Prat de la Riba ha influido profundamente al nacionalismo catalán, que ejemplifica de una manera muy clara esta idea de la nación como algo dado y, al mismo tiempo, como proyecto de progreso y, me parece, esto tiene interés para explicar la pervivencia del nacionalismo que abordaré más adelante.

Para entender a Meinecke es preciso situarlo en una tradición que hizo de la vinculación entre desarrollo nacional y progreso un axioma. Para Immanuel Kant, como para Johann Gottfried Herder, el progreso de la humanidad está caracterizado por la diversificación de los pueblos que desarrollando sus caracteres nacionales se dirigen hacia el futuro. De modo que nacionalismo y cosmopolitismo no son principios antagónicos sino congruentes. En esta visión, la división de la humanidad en naciones no es un castigo que Dios infligió a los hombres por su soberbia al intentar construir la torre de Babel, por el contrario, la obra de la creación se amplía con la diversidad de los pueblos que desarrollando sus particularidades se dirigen hacia el progreso de la humanidad (Rivero, 2017). Ciertamente, este cosmopolitismo ya no es el de los antiguos, el de aquellos que negaban su patria en nombre de la humanidad; el cosmopolitismo para esta tradición alemana consiste en conocer el progreso de los pueblos que conforman la humanidad; y el timbre del progreso de un pueblo es el de alcanzar el desarrollo de un carácter nacional, esto es, de unas características distintivas y propias cuyo corolario es la soberanía política. En suma, que el nacionalismo, de acuerdo con esta tradición, no tienen nada que ver con la nostalgia comunitarista del pasado, sino que es la afirmación simultáneamente particularista y cosmopolita del progreso.

Esta afirmación puede parecer paradójica y va en contra de muchos lugares comunes entre los estudiosos del nacionalismo. Esto es así porque Kohn, y la gran mayoría de los autores que he citado hasta ahora, se vieron impelidos a escribir sobre el nacionalismo porque la violencia del nacionalismo les interpelaba en su tiempo; y el nacionalismo estaba asociado de manera evidente con una ideología destructiva de las sociedades. Así pues, aunque la identificación moral con la humanidad no es incompatible con la afirmación de su división natural y política, se ha establecido el

lugar común de que cosmopolitismo y nacionalismo son antagónicos. Por ello llama mucho la atención que Friedrich Meinecke en su obra de 1907 *El cosmopolitismo y el Estado nacional (Weltbürgertum und Nationalstaat)*, afirme que el cosmopolitismo fue el instrumento que permitió el desarrollo político de la nación alemana. Esta afirmación resulta tan chocante para muchos de los críticos del nacionalismo que Felix Gilbert, que prologa la traducción americana de 1970 se ve obligado a aclarar al lector, a modo de advertencia ante posibles engaños, “que la idea central del libro es mostrar que cuando surgieron las ideas de nacionalidad y de nacionalismo en Alemania lo hicieron inmersas en una concepción universalista; y resulta chocante descubrir que Meinecke considera el desarrollo del universalismo y del cosmopolitismo hacia el nacionalismo como un progreso claro e incuestionable. El proceso que describe y que comenta con aprobación es el de la gradual renuncia a todos los compromisos con valores cosmopolitas hasta que al final el Estado nacional soberano es reconocido como el valor supremo y el fin último de la historia (...) Esta glorificación del nacionalismo y del Estado nacional –que nos puede parecer peligrosa y hasta repulsiva- concordaba con el clima político anterior a la Primera Guerra Mundial” (Gilbert en Meinecke, 1970: ix).

Pero Gilbert, que siente la necesidad de aclarar que nacionalismo y cosmopolitismo no pueden ir de la mano, desfigura lo que dice Meinecke porque para éste el progreso no va desde el cosmopolitismo al nacionalismo a expensas del primero, sino que el nacionalismo, la afirmación de la soberanía política de la nación mediante la consecución de un Estado, es congruente con el cosmopolitismo, esto es, con la voluntad de formar parte de la historia de la humanidad. En palabras que nos resultan conocidas, se trataría de alcanzar “la unidad de destino en lo universal”. Para Meinecke el desarrollo de la nación alemana y el cosmopolitismo van de consuno porque el progreso de la humanidad se ejecuta a través del desarrollo del individualismo que cristaliza en el surgimiento de las grandes naciones.

Meinecke, un nacionalista confeso, nos explica que el nacionalismo alemán no es un movimiento reaccionario dirigido a la restauración de una nación moribunda sino un proyecto dirigido al futuro que vincula el progreso con la nación alemana. Es por ello que rechaza la afirmación, que todavía se escucha tanto hoy, de que “el cosmopolitismo y el sentimiento nacional son dos formas de pensamiento que se excluyen entre sí, que batallan la una contra la otra y que buscan suplantarse (...) Un punto de vista más sutil, que los custodios de la cultura alemana siempre han estimado, sostiene que el más verdadero y mejor sentimiento nacional alemán también incluye el ideal cosmopolita de una humanidad más allá de la nacionalidad y que es anti-alemán ser meramente alemán” (Meinecke, 1970: 21).

Es justo antes de afirmar el carácter cosmopolita del sentimiento nacional alemán cuando Meinecke establece la distinción entre los dos tipos de nación que, retomada por Kohn, se han vuelto un lugar común en el estudio del nacionalismo. Para Meinecke lo que distingue a las naciones de otras comunidades humanas y de la humanidad es que son comunidades amplias, producto de la historia y caracterizadas por el cambio. Así pues, el carácter nacional no es algo predeterminado sino resultado de un proceso, exactamente igual que en Herder o en Kant. Para Meinecke este carácter se forma mediante la concurrencia de una diversidad de factores: residencia en un mismo lugar; ancestros comunes; una sangre común o mezcla parecida de sangres; una lengua común; una vida intelectual común; un mismo Estado o agrupación política. Todos estos factores pueden concurrir o no en la formación del carácter nacional porque tienen un carácter accidental, salvo uno que es absolutamente necesario: “un núcleo natural basado en la relación de sangre ha de estar presente en toda nación. Solo sobre esta base

puede desarrollarse una comunidad intelectual rica y diferenciada y una conciencia más o menos precisa de tal comunidad” (Meinecke, 1970: 9).

Es decir, la división natural de la humanidad en naciones, de la que hablé al principio como primer principio del credo nacionalista, tiene una base biológica pero esta base es únicamente la precondition del desarrollo de la nación. La nación no está en su origen biológico, sino que es resultado de las circunstancias del progreso. Para Meinecke, en consonancia con su nacionalismo, el progreso nacional solo opera en el marco de la congruencia entre los factores culturales y los políticos, esto es, cuando ambas comunidades se encuentran acomodadas en un mismo pueblo con unos mismos límites, pero hace falta además la voluntad colectiva como expresión política de la nación. Este ingrediente necesario para que un pueblo se convierta en nación lo encuentra Meinecke en el proyecto político revolucionario francés de 1789 que hacía de la auto-determinación y la soberanía nacional sus pilares. Más aún, Meinecke celebra la afirmación plebiscitaria de la voluntad como fundamento de la nación enunciada por Ernest Renan en su famosa conferencia de 1882. La nación cultural y la consecución de la nación política se coronan en su progreso con la afirmación de la soberanía nacional. Tal como he detallado en otro lugar: “para Meinecke el progreso de la humanidad es un proceso de diferenciación nacional, de afirmación individual, en el que identidad cultural y política asumidas como voluntad colectiva se convierten en ideales cosmopolitas. En su visión, el Estado nacional es la culminación del progreso y es esencialmente moderno porque constituye la articulación colectiva de los impulsos individuales” (Rivero, 2017). En fin, que en contra del lugar común que he buscado denunciar, la nación cultural y la nación política vienen a ser partes complementarias de la nación del nacionalismo. La nación tiene un fundamento natural, no convencional, pero se corona como tal a través de la afirmación de la soberanía nacional. El romanticismo de Herder es tan consustancial al nacionalismo como la afirmación de la soberanía nacional de Robespierre.

Me parece que volver sobre Meinecke nos ayuda a entender la complejidad del nacionalismo como ideología. En general, muchos estudiosos han despreciado al nacionalismo debido a la violencia política que ha producido en las sociedades sobre las que ha actuado y han extendido este desprecio a sus fundamentos intelectuales. Así en Gellner y en Hobsbawm cuya mordacidad en este aspecto ha irritado a muchos como Adrian Hastings (Hastings, 1997). Sin embargo, se ha reparado poco en que el concepto de nación del nacionalismo no solo es mucho más complejo de lo que proyectan sus imágenes reduccionistas, sino que forma parte de la herencia paradójica de la modernidad. Frente a la organización internacional encarnada en la soberanía de los monarcas, un orden que se ha desechado como contingente y arbitrario, la política moderna ha buscado un fundamento racional más firme para las unidades políticas en las que se divide la humanidad. Para ello ha recurrido a la antropología y la etnología y ha conciliado esta fundamentación de la diferencia humana con el ideal moderno del progreso. El nacionalismo no es sino la ideología que ampara este ideal de la modernidad y que busca darle realización como ideología política.

Puesto que las categorías modernas, sus valores y sus expectativas forman parte consustancial de nuestra cultura, el nacionalismo como ideología es parte esencial de nuestro pensamiento no reflexivo. Es un universal aceptado que la humanidad está dividida naturalmente en naciones y que cada nación tiene derecho a un Estado. La formulación de Woodrow Wilson de sus catorce puntos en 1918 es, como acertadamente ha señalado Kedourie (1993) la consagración hegemónica del nacionalismo como doctrina universal. Por tanto, el nacionalismo forma parte de nuestras creencias y de nuestra manera de entender el mundo y, en la medida que tiene

una pretensión que no se ve satisfecha por la realidad de las cosas, pues la misma nación que se afirma es variable y la determinación de aquello que sea una nación pende de su afirmación particularista, el nacionalismo como fuente de conflicto nos ha acompañado y nos acompañará durante mucho tiempo.

Es por ello que el nacionalismo es partícipe de un movimiento pendular que hace que cuando sus manifestaciones se hacen más violentas resulte odioso y condenable; y que cuando se formula como proyecto bienintencionado frente a los males modernos se reciba con complacencia. Ahora parece que estemos en esta segunda situación.

Puesto que hoy día el foco se ha desviado desde la ideología que fundaba una práctica incompatible con el pluralismo de las sociedades a la posición moralmente inatacable de la defensa de sujetos colectivos amenazados, los males del nacionalismo se han desdibujado hasta quedar olvidados. Y esto es así hasta en sociedades que han vivido hasta hace bien poco la violencia del nacionalismo. Frente a esta circunstancia los defensores del progreso de la humanidad han adoptado dos posiciones: o aceptar el nacionalismo como un paso necesario para alcanzar la soñada humanidad emancipada; o denunciar el nacionalismo desde un cosmopolitismo que relativiza las lealtades nacionales y la identidad nacional, y para ello ha buscado desacreditar a la nación como comunidad política (Álvarez Junco, 2016; Anderson, 1991).

Me parece que ambas posiciones son inconcluyentes porque fían en el progreso la resolución de la violencia del nacionalismo y creo que haber mostrado que el nacionalismo es una doctrina congruente con el progreso y, por tanto, nos seguirá acompañando. Me parece que la manera de escapar a este dilema sería rescatando una concepción de la nación más contingente, como reunión de los ciudadanos, que de consuno organizan su vida política, pero parece que este proyecto está desprovisto de la fuerza emocional que entraña la promesa nacionalista sobre la nación. Hoy día, muchos parecen sentirse huérfanos en una comunidad construida sobre el concierto y el acuerdo. Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* de 1611 definía la nación simplemente como un reino o una provincia extensos “como la nación española”. El diccionario de autoridades de la RAE, de 1732, apuntaba a que una nación no es sino la colección de “habitadores” de una provincia, país o reino. Esto es, la nación era una unidad política territorial o el conjunto de los que allí habitan. En el lenguaje de nuestro tiempo, la nación no es otra cosa que un Estado o el conjunto de los ciudadanos de un Estado. Me parece que estas definiciones antiguas de la nación son más congruentes con la democracia que la nación del nacionalismo, encajan mejor con el pluralismo de nuestras sociedades y nos ahorran los padecimientos a los que nos aboca fiarlo todo del progreso o esperar los frutos del nacionalismo.

Referencias

- Álvarez Junco, J. (2016), *Dioses útiles: naciones y nacionalismos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- Anderson, B. (1991), *Imagined Communities*. Verso: Londres.
- Berlin, I. (1972), “The Bent Twig: A Note on Nationalism”, *Foreign Affairs*, Vol. 51, No. 1 (Oct.).
- Berlin, I. (1997), “Nationalism: Past Neglected and Present Power” en *IB Against the Current*. Londres: Pimlico [1978].
- Breuilly, J. (1998) *Nationalism and the State*. Manchester University Press: Manchester.
- Connor, W. (1994) *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*. Princeton U.P.: Princeton.
- Geertz, C. (1973) *The Interpretation of Cultures*, Fontana, Londres.

- Gellner, E. (1983) *Nations and Nationalism*, Blackwell, Oxford.
- Hastings, A. (1997) *The Construction of Nationhood*. Cambridge University Press: Cambridge.
- Hobsbawm, E. (1991) *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge U.P.: Cambridge.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983) *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press: Cambridge.
- Hroch, M. (2000), *Social Preconditions of National Revival in Europe*. Columbia University Press: Nueva York.
- Kedourie, E. (1993) *Nationalism*. Blackwell: Oxford.
- Kohn, H. (1944) *Historia del Nacionalismo*. FCE: México.
- Marx, A. W. (2003) *Faith in Nation. Exclusionary Origins of Nationalism*. Oxford University Press: Nueva York.
- Meinecke, F. (1970). *Cosmopolitanism and the National State*. Trans. Robert B. Kimer. Princeton: Princeton University Press.
- Rivero, Á. (2017) “Immanuel Kant y la polémica sobre el origen del nacionalismo”, *Revista de Estudios Políticos*, 178, 71-103. doi: <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.178.03>